

cie de alba matinal, á cuyo favor los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, al través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio el de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio el de sentir el polvo del camino reemplazar bajo las plantas al chirrido del carbón! ¡Qué cambio para Esteban, que había llegado á la edad que tenía, y en aquella mañana de verano volvía á hallar por primera vez sus sensaciones de niño!

Con estos pensamientos en la cabeza y su equipaje debajo del brazo, Esteban paseaba su rostro atento á lo largo del camino real. Y los árboles formaban una arcada por encima de su cabeza, y le decían con su dulce murmullo que dejaba tras sí un corazón amante y fiel.

## CAPÍTULO IV.

### Pólvora de cañón.

Mr. Jaime Harthouse, queriendo ensayar lo que podría hacer por su partido adoptivo, empezó á contar los votos que le parecían seguros.

Gracias á algunos nuevos libros instructivos que quiso leer por cuenta de sus amigos políticos; gracias á su afectado abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias también á cierta franqueza que frecuentemente se confundía con el descaro, lo cual, como es sabido, es el fin del juego más eficaz y más admirado del mundo *comme il faut*, no tardó en pasar por un hombre de la más alta experiencia.

Para él era una ventaja ser indiferente á todo, porque esto le permitía unirse á las gentes prácticas y positivas, con la misma intimidad como si fuese uno de tantos, y tratar á los demás partidos como una gavilla de viles hipócritas.

—Sí, mi querida señora Boucherby; hipócritas, en los cuales no tenemos fe, así como ellos

no la tienen en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de virtud, de caridad ó de filantropía.... el nombre importa poco.... es, que nosotros sabemos que todo eso no significa gran cosa, y que lo decimos; al paso que ellos lo saben tan bien como nosotros, y se guardan muy bien de decirlo.

¿Por qué razón había de ofenderse Luisa ó manifestarse inquieta al escuchar semejante declaración de principios? ¿No estaba acaso de acuerdo con los de su padre ó con la educación primera? ¿Había tan grande diferencia entre las dos escuelas, cuando una y otra la encadenaban á las mismas realidades materiales, y le prohibían tener fe en otra cosa? ¿Había desarrollado en su alma Tomás Gradgrind, cuando ella era pura y sensible, algo que Jaime Harthouse pudiera tomarse el trabajo de reformar?

Era tanto más digna de lástima en esta ocasión, cuanto que había en su espíritu (este sentimiento existía antes que su padre, eminentemente práctico, hubiera empezado á formar su joven inteligencia) cierta necesidad instintiva de creer en una humanidad menos mezquina y más noble que la que siempre le habían enseñado.

Había en su corazón una lucha constante de dudas y de indiferencia. Esta lucha procedía de que, desde su juventud, habían sofocado en su

alma toda aspiración generosa; su indignación volvía á nacer cuando pensaba en el mal que la habían hecho, si su corazón oía la voz de la verdad, entre aquel confuso murmullo.

En una naturaleza por tanto tiempo acostumbrada á destruirse á sí propia, tan dividida, tan desgarrada, la filosofía de Harthouse obraba á la vez como un alivio y una justificación. Si todo estaba vacío y no tenía valor, ella no perdía nada, nada sacrificaba. «¡Qué me importa!», había contestado á su padre cuando le propuso á Bounderby por esposo, y «¡qué me importa!», continuaba diciendo á todo, sin interrumpir ni un instante su camino.

¿Con qué objeto lo seguía? Luisa adelantaba paso á paso, avanzaba siempre hacia un término fatal, pero con tan lentos y tan imperceptibles progresos, que creía permanecer estacionaria.

En cuanto á Mr. Harthouse, no pensaba en preguntarse adónde iba, y se cuidaba de ello muy poco. No se proponía ningún objeto; no tenía plan alguno meditado; no era en él el vicio bastante enérgico para comprometer su indolente quietud.

Por el pronto, aquello no era más que una distracción, tal como se necesitaba para un caballero de buena familia como él; probablemente algo más, ya no convenía á su reputación de hombre gastado é indiferente á todo.

Poco tiempo después de su llegada, escribió, en tono lleno de languidez, á su hermano el honorable y respetable miembro de la Cámara, que los Bounderby eran una familia muy divertida; que, además, la señora de la casa, lejos de tener sobre sus hombros la cabeza de Medusa, como él esperaba, era una joven extremadamente hermosa. Después de esto no volvió á hablar del asunto, y pasó en el seno de aquella familia todas sus horas desocupadas.

Iba frecuentemente á casa de Bounderby durante el curso de sus apariciones y de sus eclipses electorales en el distrito de Cokeville. Mister Bounderby le instaba para que repitiese sus visitas. Nada se ajustaba mejor á los gustos pretenciosos de Bounderby como poder decir á todos los que le visitaban que por su parte se mofaba de las personas de buena familia; pero que su mujer, la hija de Tomás Gradgrind, apetece aquella sociedad, y que él deseaba que le hiciese buen provecho.

Mr. Jaime Harthouse empezó á pensar que sería para él una sensación nueva si pudiese operar en el semblante de Luísa el cambio agradable que ya había visto aparecer otras veces en el de su hermano.

Era bastante buen observador; tenía una memoria excelente, y no olvidaba una palabra de las revelaciones de su hermano. Las combi-

naba con lo que veía en Luísa, y empezó bien pronto á comprenderla.

Es verdad que lo mejor, lo más íntimo en el carácter de la joven, no estaba al alcance de la inteligencia de Harthouse, porque en la naturaleza humana, como en el Océano, hay abismos que no todo el mundo puede sondear; pero no tardó en leer en la superficie con bastante corrección.

Mr. Bounderby había tomado posesión de una casa y de un parque situados en los alrededores de la ciudad, próximamente á unas quince millas de distancia, y á unas dos ó tres del camino de hierro que se lanzaba sobre numerosos viaductos, á través de un país salvaje, horadado con pozos de minas de carbón abandonadas, y atravesado de noche por fuegos y formas de locomotoras estacionarias á la entrada de los pozos en explotación.

El paisaje se hacía menos áspero á medida que se acercaba á la finca de Mr. Bounderby, en donde se iba modificando hasta transformarse en un sitio rústico, dorado por las hojas amarillentas de los brezos, emblanquecido en primavera con las flores de los espinos, y sombreado todo el verano por las hojas de los árboles que temblaban al soplo del viento.

La casa de banca de Mr. Bounderby se había apoderado de aquella finca en virtud de una hi-

poteca, á la cual había sucumbido uno de los potentados de Cokeville, que tenía mucha prisa por hacer fortuna, y que no se había engañado en sus cálculos más que en dos millones y medio.

Estos accidentes ocurrían algunas veces á las familias más respetables de Cokeville; pero ya se sabe que una bancarota no tiene ninguna relación con las clases imprevisoras señaladas por los economistas.

Mr. Bounderby se instaló con gran satisfacción en su nuevo dominio, y empezó, para ser consecuente con su humildad vanidosa, por plantar coles en los parterres. Se complacía en vivir como en una barraca en medio de aquellos muebles elegantes, y continuó el cuadro inmenso de sus fanfarronadas de costumbre.

—¿Sabe V., caballero (decía), que me han asegurado que Nickits (el propietario arruinado) ha pagado estos cuadros de paisajes en diez y siete mil quinientos francos? Si he de hablar francamente, lléveme el diablo si en toda mi vida dirijo la vista hacia ellos. ¡Cien libras cada mirada! ¡No, por San Jorge! Yo no olvido que soy Josué Bounderby, de Cokeville. Durante muchos años no he poseído otras pinturas (hubiera sido preciso haberlas robado) que el retrato de un hombre que se afeitaba en una caja á guisa de espejo: otra era una mujer pintada en una

caja de cigarros, de la que me servía para embetunar las botas que se dignaban confiarme.

—Harthouse (continuó): aquí tiene V. una pareja de caballos. Haga V. que traigan aún media docena, que ya encontraremos donde alojarlos. Aquí hay cuadras para doce caballos, en cifra redonda, y si no se calumnia á Nickits, sus cuadras son un modelo. Este hombre fué educado en Westminster. Allí recibió la educación, en el colegio de Westminster, con un tratamiento real; en tanto que mi principal alimento se componía de patatas, y no tenía más lecho que las cestas de los revendedores del mercado. Aunque tuviese el capricho de conservar una docena de caballos, capricho que no tendré, porque me basta con uno, no tendría corazón para verlos tan bien alojados, pensando en los rincones en que yo he dormido otras veces. No podría verlos, caballero, sin dar orden de que salieran inmediatamente. Véase cómo todo cambia. V. ve esta finca, V. la conoce, V. sabe que no hay en su género otra finca tan completa en Inglaterra, ni en ninguna parte; le desaffo á V. á que encuentre otra igual, sea donde sea. ¿Y á quién encuentra V. instalado en ella? Á mí, á Josué Bounderby, de Cokeville, en tanto que Nickits (lo sé por cierta persona que fué ayer á decírmelo al despacho), Nickits, que recitaba papeles en versos latinos en las comedias que se ejecutan

todos los años en el colegio de Westminster, y se creía aplaudido por los magistrados y la nobleza de este país; Nickits, tan afortunado, está hoy en completa ruína..., ¡en completa ruína, caballero!, obligado á vivir en un quinto piso de una calle sucia y estrecha.

Á la sombra de los árboles de aquel retiro, y durante los largos y calurosos días del verano, Mr. Harthouse empezó sus experiencias sobre el semblante que tanto le había extrañado cuando le vió por primera vez, é intentó hacerle cambiar en su favor.

—Señora Bounderby: considero como muy feliz la casualidad que ha hecho que nos encontremos solos en este sitio. Hacía ya mucho tiempo que deseaba hablar con V.

No era, sin embargo, una casualidad maravillosa, encontrarla á la hora precisa en que se encontraba siempre sola en aquel sitio, punto predilecto de sus paseos. Era una glorieta en medio de un bosque sombrío, en que había algunos troncos de árboles por el suelo, en los que ella tenía la costumbre de sentarse, para mirar las hojas caídas al soplo del otoño último, como otras veces miraba las cenizas rojas que caían en el hogar de la casa paterna.

Harthouse se sentó á su lado, lanzándole una mirada.

—Su hermano de V..., mi joven amigo Tomás....

El rostro de Luisa se animó, y se volvió hacia Jaime con cierta expresión de interés.

—En mi vida (pensó Harthouse) he visto cosa más notable, más encantadora que el rayo que ha venido de repente á iluminar sus lindas facciones.

La fisonomía de Harthouse reveló su pensamiento, acaso reveló su cálculo, pues probablemente no hizo otra cosa que obedecer á las secretas instrucciones de su señor.

—Dispéñeme V., señora. La expresión de ese interés fraternal es tan encantadora.... Tomás debía estar tan orgulloso de haberlo inspirado.... Sé que eso es inevitable; pero no he podido impedir que estalle mi admiración.

—¡Es V. tan ingenuo!—dijo Luisa con calma.

—No, señora; no me diga V. eso: ya sabe V. que disimulo muy poco ó nada. Ya sabe V. que me doy por un harapo viejo de la naturaleza humana, pronto á venderme á quien me ofrezca una suma razonable, y que soy de todo punto incapaz de recordar ninguno de los procedimientos en uso entre los pastores de la Arcadia.

—Espero (replicó Luisa) la confianza que iba V. á hacerme respecto á mi hermano.

—Es V. muy severa conmigo, y lo merezco. V. me concederá que si tengo un carácter indi-

ferente para todo, en cambio no soy embustero. Solamente me causó V. un momento de sorpresa, que me separó del objeto de la conversación. Vuelvo á Tomás. Me intereso mucho por él.

—¿Luego se interesa V. en algo?—preguntó Luísa, mitad incrédula, mitad agradecida.

—Si me lo hubiera V. preguntado la primera vez que vine á esta quinta, le hubiera dicho que no. Hoy, aun á riesgo de verme acusado por no decir la verdad, y de despertar en V. una incredulidad muy justificada, debo responder que sí.

Luísa hizo un ligero movimiento, como si quisiese hablar, sin conseguir formular la frase: al cabo contestó:

—Mr. Harthouse, quiero creer que se interesa V. por mi hermano.

—Gracias: me hace V. justicia. Puedo estar orgulloso de que, al menos en esto, he merecido la gratitud que V. se digna consagrarme. Ha hecho V. tanto por Tomás.... Le ama V. tanto.... La existencia de V. prueba tan admirable abnegación en favor de su hermano.... Dispense V., me separo de mi objeto.... En fin, lo cierto es que me intereso por Tomás.... por él mismo.

Luísa había hecho un ademán casi imperceptible, como para levantarse súbitamente é irse antes de que Harthouse hubiera terminado su frase. Harthouse lo advirtió, y dió otro giro á sus explicaciones. Luísa no se movió.

—Señora (continuó Jaime en tono ligero, que sin embargo parecía costarle grande esfuerzo, y que era aún más expresivo que el tono serio que acababa de dejar); no es un crimen imperdonable en un joven de la edad de Tomás ser atolondrado, ligero, aficionado á gastar, un poco disipador, como quien dice. ¿Lo es Tomás?

—Sí.

—Permítame V. que le hable con franqueza. ¿Cree V. que juega?

—Creo que hace algunas apuestas.

Harthouse esperaba, como para darle tiempo de concluir, la contestación. Luísa continuó:

—Estoy segura.

—Y naturalmente, pierde.

—Sí.

—Cuando se apuesta hay seguridad de perder. ¿Me será permitido insinuar que es probable que V. misma le haya proporcionado algunas veces dinero para cubrir sus compromisos?

Luísa permaneció sentada, con los ojos bajos; pero al oír esta pregunta, miró á Harthouse como si quisiese explicársela, y como si no le hubiese oído.

—Crea V. que aquí no se trata de una impertinente curiosidad. Temo que Tomás va en camino de crearse poco á poco embarazos, y quiero tenderle una mano amiga desde el fondo de mi